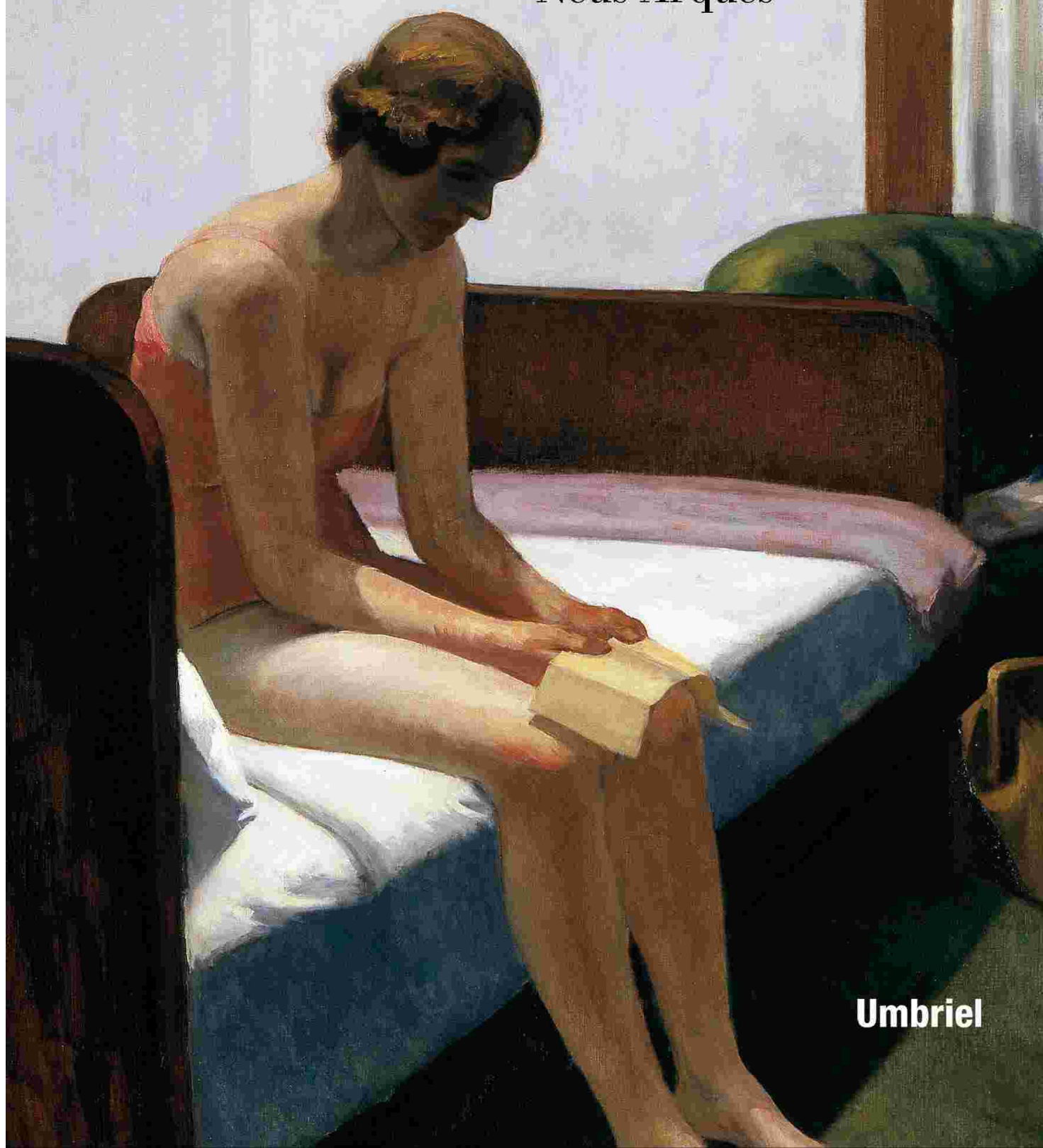


*Un
hombre
de pago*

Neus Arqués



Umbriel

1. SOLTERA Y SIN COMPROMISO

Me resistía a pensar que las únicas manos que iban a tocarme en adelante serían las de la estheticienne. Tumbada boca abajo en la camilla, cerré los ojos mientras Merche me cubría una pierna con la toalla y empezaba a masajear la otra. La luz suave de la cabina invitaba a la relajación, lo que me crispaba aún más.

–Te noto muy cargada –diagnosticó Merche, mientras amasaba mi pierna como si fuera una barra de pan–, con mucha estática, pero vamos, mucha más que la semana pasada. –Los dedos iban buscando los puntos que más dolían.

–Será que estoy peor –respondí.

–No me digas que has discutido con Pedro –aventuró, mirándome por un momento a los ojos y volviendo después la vista a la pierna. La cubrió con la toalla y se dispuso a masajearme la otra.

–Pues sí, chica. Lo hemos dejado. –Intenté concentrarme en el tacto y fracasé. Me venían a la cabeza imágenes del último encuentro, lleno de «peros» y de reproches: «Creía que ésta era la buena», me dijo, «pero veo que me he vuelto a confiar; las mujeres no tenéis arreglo»-. Era demasiado posesivo...

–Chica, qué quieres, el hombre lo que busca en una señora de cincuenta es una enfermera que le cuide de viejo. Para otras cosas se las buscan más jóvenes –suspiró–. La verdad es que te noto mal. ¿Tú has visto los tobillos que traías? Hinchadísimos. Se ve que a ti la tristeza te hace retener. Menos mal que con el masaje te han bajado un montón...

–Pues te diré que triste, triste, no estoy. Más bien rabiosa. Si es que soy tonta, Merche. Yo sí que apuesto por la persona. Yo sí que no busco un enfermero para la vejez...

Pedro era un seductor nato. En el baile las traía a todas locas y cuando vi que empezaba a estar por mí, casi me muero de la alegría. Al principio te lo pone todo fácil, se desvive, y claro, yo, encantada de tener compañía. Nos hicimos pareja oficial y en la escuela de baile se sabía y las compañeras, muertas de envidia. A mí me encantaba que los viernes, en la tanda de lentos, me sacara y se me pegara como una lapa. Suena cursi, pero me hacía sentir mujer.

La cosa se torcía cuando nos quedábamos solos, lo que era poco frecuente porque ya se preocupaba él de tener un plan con más gente. En la intimidad, Pedro se encogía. Era muy tradicional, muy de postura del misionero y poco más. Nada más, de hecho. Y cuando me armaba de valor y me atrevía con alguna propuesta, me daba la espalda y se hacía el dormido. Eso sí, él se quedaba bien a gusto... Y fue en la cama donde empecé a darme cuenta de que no era oro todo lo que relucía. Hacíamos lo que él quería y como y donde él quería. Si se me ocurría llevarle la contraria, teníamos pelea, seguro. Y claro, yo no me he divorciado para caer en las brasas. Y perdí la ilusión. Incluso estar sola me apetecía más.

Merche había terminado con mi espalda.

–Date la vuelta –me dijo. Tapó otra vez las piernas con la toalla y el pecho con otra, más pequeña. Los pechos eran intocables en su masaje y la verdad es que nunca he entendido por qué–. Mira Rosa, ya sabes que no me gusta dar consejos –empezó–, pero te tienes que aclarar. A ver, tú, ¿qué buscas exactamente? Porque si lo que buscas es compañía, pues tendrás que apechugar con muchas cosas. Dímelo a mí. Treinta años que voy a cumplir con el Paco y las he visto de todos los colores. Ahora bien, si lo que buscas es un rollo para entretenerte, eso es otro tema.

–Igual resulta que los reyes son los padres –le respondí y se me escapó una media sonrisa–. Pensaba que se podía tener todo, pero veo que no. No quiero estar sola, ¡me horroriza! Pero, por un lado, resulta que me he vuelto invisible a los ojos de los hombres y, por otro, no me quedan ganas de tontear. Merche, entretenida o no, lo que no estoy es muerta. Y a mí me gustan los señores. Pero me parece una barbaridad pasar tanto tiempo para conquistarles y que después te salgan rana...

–Mujer, nadie dice que te tengas que casar. ¿Qué quieres, una alegría? Pagando todo se arregla. Te contratas a uno que te saque el polvo, tú contenta y santas pascuas. Total, los hombres son como los mocos: se van unos y vienen otros. No serás la primera clienta ni la última que hace una cosa así. Y escúchame bien: yo lo respeto, porque lo importante es estar bien con nosotras y cuidarnos, porque si no nos cuidamos nosotras, nadie lo hará...

Merche se untó de nuevo las manos con el aceite de masaje y se dispuso a atacar mis brazos. Se quedó callada y yo me quedé pensando en lo que había dicho. ¿Por qué no pagar? De repente me pareció una opción.

«No serás la primera clienta ni la última que hace una cosa así. Y escúchame bien: yo lo respeto.» Las palabras de Merche me animaron a sacar el tema otra vez.

–¿De verdad lo respetas? –pregunté, buscando confirmación.

–¡Pues claro que lo respeto! Yo lo respeto todo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te vas a animar y no sabes cómo? –me interrogó mientras no paraba de masajearme el muslo.

Por suerte estaba tumbada boca abajo y Merche no podía ver que me ardía la cara.

–Mira, quizás me animo, como mínimo a probar. No quiero más disgustos como

el de la escuela de baile. Ni la relación con Pedro fue bonita ni ha acabado bien. Y quien dice Pedro, dice los otros. Estoy viendo que una cosa es buscar compañía y otra, tener un amante. La primera la veo muy difícil. La segunda no puede ser tan complicada...

–Desde el divorcio había tenido diferentes relaciones, todas sexualmente anodinas. Como si con la ausencia de satisfacción aumentara el deseo. Por la calle no podía desviar la vista del trasero de los chicos. En la consulta me asaltaban fantasías, y no precisamente de jugar a médicos y enfermeras. Estaba lo que llaman «un poco salida».

–Mira, Rosa, lo que voy a hacer es preguntar y cuando vuelvas la próxima semana te informaré con pelos y señales. Ahora nos damos la vuelta, boca arriba...



Nunca había pasado tanta vergüenza como cuando, al volver a la escuela de baile después de la pelea definitiva, vi en los ojos de las demás la luz de la victoria: «Pedro ya no es tuyo». En un momento perdí la pareja, el grupo de amigos, los planes de fin de semana... Me quedé sola, como al principio.

En la escuela me había inscrito a los dos años del divorcio, cuando lo peor ya había pasado y me sentí capaz de volver a salir. Me habían hablado del sitio: ofrecían clases de todos los bailes imaginables, la edad no importaba, el ambiente era «sano», proponían montones de actividades... Justo lo que necesitaba. Así que me armé de valor y me apunté a «Bailes de salón nivel I: fox, chachachá, pasodoble, rock, vals, salsa y merengue».

A la hora de matricularme descubrí que necesitaba pareja.

–Ostras, y ahora, ¿qué hago? –pregunté, aturdida.

La secretaria, una mujer de mi edad y esforzado aspecto sexy, me miró como quien salva por enésima vez a un náufrago.

–Mira, te apuntas a la bolsa de parejas. Cuesta 10 euros. Me das tu nombre, edad, altura, teléfono y el curso que quieres hacer. Lo ponemos en el mural. –Y señaló una pared blanca, sembrada de post-its de diversos colores organizados por grupos–. Nosotros no emparejamos a nadie, sino que tú misma puedes llamar a los chicos de la bolsa, o ellos a ti. Si encuentras pareja, te descontamos los 10 euros de la matrícula; si no, te los devolvemos. No lo hacemos como negocio ni nos responsabilizamos de los resultados. Es por ayudar, ¿sabes?

«Ya –pensé para mí–, pero, a más parejas, más inscritos...» De todos modos me apunté: ¿qué tenía que perder? Al día siguiente me llamó un tal José, la mar de simpático y diez años menor que yo. Divorciado también, trabajaba como cocinero. Siguiendo las recomendaciones que me había dado la secretaria, quedamos para un café antes de comprometernos en firme. Mucho tema la verdad es que no había, porque a ver qué interés podía tener él en la psoriasis y yo en la crema pastelera, pero me pareció buen chico y además, de altura, perfecto, y a él se le veía encantado.

Los viernes, después de clase, nos quedábamos a practicar y así fue como conocí a Pedro. La primera noche que me sacó a bailar casi me muero de la vergüenza, porque él ya estaba en consolidación de cuarto. La verdad es que era –es– un bailarín excelente. Me acuerdo de que me iba susurrando: «Un, dos, chachachá, tres, cuatro, chachachá. Y un, dos...» A mí se me da bien seguir; total, que no sólo no desmerecí sino que aquel baile me colocó en la categoría de las «buenas bailarinas», imprescindible para ser admitida en el núcleo duro de la escuela.

Y así un viernes y otro. El cocinero parecía desilusionado pero yo no tenía sensación de culpa. Siempre lo traté como a un amigo y si se me insinuó, no lo supe ver. Y no porque yo no tuviera ganas de lío, al contrario: ya casi ni me acordaba de la última experiencia sexual satisfactoria. Pero Pedro me había sorbido el seso y, más que a un amante mediocre (que es lo que era), yo veía en él a un futuro marido. Y nos apuntábamos a todas las actividades de la escuela: excursiones de fines de semana, talleres de tango, fiestas de carnaval... Incluso llegó a organizar un viaje del grupo a París con cena en el Maxim's. La comida estaba espantosa y nos salió carísimo, pero nos convencimos de que con Pedro adquiríamos nuestra dosis de glamour y nadie rechistó. Cuando me acuerdo se me ponen los pelos de punta, por tonta.

Total, que después de la ruptura definitiva volví a la escuela, precisamente a las prácticas del viernes. Con ciertas ganas de verle, pero también y sobre todo de volver a ver a los otros. ¡Vaya chasco! Me dieron la espalda: estaba claro que, si tenían que escoger, se quedaban con el cincuentaño, gracias a quien sus vidas socialmente patéticas adquirían nuevos bríos.

Me sentí tan sola, tan mal, que cancelé la inscripción al siguiente nivel. El cocinero encontraría nueva pareja sin problema en aquel universo de féminas ansiosas. Pedro ya ejercía otra vez su rol de seductor y a mí me había convertido en patito feo. Estaba muy enfadada: ¿por qué tenía que perder yo? Salí de la escuela casi llorando y tomé un taxi. «Otra vez sola, otra vez sola», me repetía, como un mantra. Y me ahogaba en todo el miedo que encierran esas tres palabras. Pero pudo más la rabia y, antes de llegar a casa, ya me había jurado que no me integraría en ningún otro grupo organizado y que, a partir de ese momento, yo iba a ser la única responsable de mi propia diversión.



Merche cumplió y nada más tumbarme en la camilla, a los siete días, me dijo: –El sitio que buscas se llama Latin Boys. Está en Urquinaona, justo encima del sexshop. Llegas, explicas lo que quieres y pasas al salón. Ves desfilar la oferta disponible y escoges. Te lo llevas, te lo tiras y pagas.

–Dicho así suena muy fácil, pero... –le solté, espantada. Casi no me acordaba de lo que habíamos hablado. En cualquier caso la situación me imponía, por mucha necesidad

que pasara.

–Mujer, si quieres te acompaño, aunque yo, acostarme, no, ¿eh? Yo con mi Paco estoy de miedo. Pero sí me gustaría ver cómo es el sitio, más que nada por curiosidad. Vamos las dos y yo te espero

tomando una copa. ¿Qué te parece? –La miré con arrobó. Aquella mujer era mucho más que una esthéticienne–. Si quieres, vamos el miércoles que viene por la tarde, que me han anulado una última hora. ¿Te lo podrás combinar?

No quedó otra que llamar y pedirle a mi enfermera que reorganizara las citas. Siendo una última hora y fin de mes, no fue complicado. Me preocupaba mucho más pensar que a la semana siguiente me estaría acostando con un desconocido.

Pasé unas cuantas noches durmiendo mal. Tan pronto sentía curiosidad como pánico. ¿Cómo sería el sitio? ¿Qué iba a sentir cuando me tocara un desconocido? ¿Y si el gigoló no me gustaba? No las tenía todas conmigo pero sentía interés. ¿Y si resulta que el sexo era innovador y alcanzaba un orgasmo insólito? Me conformaba con un buen orgasmo libre de reproches posteriores y llamadas inoportunas. Además, que Merche me acompañara era como una garantía de que alguien me iba a entender.

El Día D nos citamos en la parada de metro de Urquinaona a las siete y media y en diez minutos habíamos encontrado la escalera.

–Llama tú, Merche, que me da mucha vergüenza... –le supliqué, frotándome las manos. Siempre se me enfrían cuando estoy nerviosa y en aquellos momentos las tenía heladas, aunque estuviéramos a las puertas del verano.

Merche me miró como acusándome de miedica y pegó un timbrazo decidido. Nos abrió un hombre joven, de aspecto cuidado. Me esperaba que nos repasara de arriba a abajo pero nos saludó como si todo fuera tan normal y nos acompañó a un saloncito.

–¿Un poco de cava nos traería? –pidió Merche, mirándome de reojo. Se temía que yo me fuera a desmayar.

Con las copas llegaron las explicaciones del anfitrión:

–Ahora conoceréis a los muchachos de la casa. Les saludáis y escogéis el que os interese.

Se abrió una puertecita a mi espalda y empezó el desfile. De uno en uno y vestidos sólo con un slip, los chicos pasaban por delante de nosotras.

–Hola, soy Jorge –dijo el primero, un rubio de aspecto afeminado. Nos dio dos besos a cada una y salió por la puerta por la que entramos.

Salió a continuación Marcelo, seguido por Juan, Darío «do Brasil» y Pedro. Tras éste, de nuevo el anfitrión:

–Bien, señoras, ¿cuál es la decisión?

–¡Me pido a Pedro! –exclamó Merche.

Me quedé aún más helada. ¿No iba a tomarse una copa y a esperarme? Se levantó, con esa gracia fondona que tienen las mujeres del sur, me guiñó un ojo y se fue cogida

de la cintura de aquel pedazo de hombre. Ahí sí que no me quedó escapatoria.

–Marcelo –susurré. Era el menos musculado y parecía agradable.

Cuando llegó, me agarré de su mano y le seguí a la habitación. La decoración era básica: una cama grande y un cuarto de baño, con jacuzzi incluido. Frente la cama, cubierta con una colcha naranja de Ikea que Marcelo se apresuró a apartar, había un espejo de lado a lado y, suspendida en la pared, una pantalla. Por las cintas porno cuidadosamente apiladas en una de las mesillas, deduje que era un vídeo.

–Esto no grabará, ¿verdad? –le pregunté, preocupada.

–¡No, mujer! Pero si vas a quedarte más tranquila, lo desconecto. –Y de un manotazo sacó el enchufe. Se volvió hacia mí, me sonrió y preguntó–: ¿Activa o pasiva?

–Novata –respondí, frotándome las manos heladas–. Mira, Marcelo, te pago la tarifa pero prefiero que hablemos.

Me miró, se sentó a mi lado y me puso una mano en la pierna.

–Tranquila, mujer. No eres la primera ni la última. Charlamos un ratito de lo que quieras. Si quieres te explico un poco cómo funciona esto, así la próxima vez ya no serás novata...

Marcelo me contó que en la casa los chicos se especializaban. Los había que iban con hombres, otros con mujeres y otros que «comían carne y pescado».

–Si puedes no vayas con éstos –me recomendó–. Están acostumbrados a tirarse a tíos y todo el tema del juego previo no se les da bien.

Me contó que las clientas decidían si se dejaban hacer o si tomaban la iniciativa. En el primer caso, podían especificar el tipo de caricia que deseaban. Fuera cual fuera la modalidad escogida, el puto no eyaculaba.

–No somos máquinas, chica. Si tuviéramos que correrlos cada vez que follamos, nos moriríamos. Así que controlamos.

Marcelo también me explicó que la alternativa a las casas de citas eran los teléfonos particulares.

–Te doy el mío, pero no lo comentes –me dijo, anotando el número en un pañuelo de papel–. En la casa no les gusta y de hecho tenemos prohibido anunciarnos en los periódicos. Pero yo en cuanto pueda me meto a particular: se trabaja menos y mejor, no vas tan contra reloj como aquí. Puedes pasar más tiempo con la clienta, conocerla mejor, acompañarla, seducirla... –Me miró y sonrió con picardía–. ¿Qué? ¿Has cambiado de idea?

Le dije que no. Me sentía como una niña pillada en falta y asustada. Además, me preocupaba que Merche estuviera bien. ¿Qué estaría haciendo? ¿Le diría que yo no había hecho nada o mejor fingía que sí? Me miré las manos en silencio.

Al cabo de un tiempo que Marcelo juzgó razonable y para mí fue eterno, volvimos al saloncito. Merche llegó a los cinco minutos, resplandeciente.

–Vámonos, señora –me dijo, agarrándome del brazo.

Se despidió de su Pedro con un beso apasionado mientras Marcelo me daba uno

en la mejilla y me guiñaba el ojo otra vez:

–Hasta pronto.

El anfitrión nos despidió en la puerta.

–Son 90 euros cada una –anunció. Saqué 180 del monedero y, antes de que Merche pudiera adelantarse, se los di–. Muchas gracias –respondió, contando los billetes como los cajeros del banco–. Espero que hayan pasado un buen rato y que pronto las volvamos a ver.

Nada más llegar a la calle, Merche estalló:

–Vamos, vamos, ¡que te lo tengo que contar todo! –Y volvió a agarrarme del brazo con decisión.

–Te veo muy animada... –le respondí, pero no abrió la boca hasta que nos instalamos en la mesa más remota de un bar de comidas.

Con un: «¡Espectacular, chica!», Merche concluyó la explicación de las destrezas de «su Pedro», y añadió:

–Lo tengo comprobado: a los hombres se les nota si saben o no, y el Pedro este sabe un rato. Me ha venido de fábula para oxigenarme, no veas qué cutis más terso se me ha puesto. Y tú, ¿qué tal? –preguntó de repente, como descubriendo que la única clienta no era ella.

Preferí no mentirle:

–Bien y mal. Marcelo es un chico muy agradable, muy guapo, lo que tú quieras, pero yo estaba bloqueada. Sólo hablamos –continué, frotándome las manos, que empezaban a calentarse.

–¿Has pagado 90 euros por hablar? –A su mirada de incredulidad se sobrepuso su carácter emprendedor–. Y hablando de euros, deja que te devuelva...

–Merche, no me debes nada. La agradecida soy yo porque me hayas acompañado. Y no he pagado 90 euros por hablar: he pagado para saber que yo no puedo ver a un hombre y tirármelo. Necesito un poco más de intimidad. Marcelo me habló de anuncios particulares en el periódico, una relación más privada. Quizás ésa sea la manera.